

Sopor de Israel

Entre los años 400 y 200, Israel pareció dormir profundamente, y con razón se reducen a casi nada todos estos tiempos en la cronología rabínica. Jerusalén, tal como la había dejado Nehemías, era una auténtica

tumba. Se aplicaba la *Thora*, o lo que es lo mismo, la vida estaba presa en el instrumento de tortura más terrible que se ha inventado. Las utopías de los antiguos soñadores estaban realizadas: la autoridad teocrática disponía de la muerte, la confiscación y el destierro. Había una gran emigración fugitiva de la ciudad. En el extranjero, la ley judía era mejor que en Jerusalén, porque las condenas crueles que encerraba eran nulas.

En la última época de Nehemías había una oposición muy viva que tenía su centro en las familias sadokitas, emparentadas con Tobiah y Sanballat. Ahora la sumisión es absoluta. La *Thora* absorbe todo el esfuerzo intelectual de Israel. La *Thora* es toda la ciencia y la filosofía.

El punto más peligroso para una nación es aquel en que cree haber alcanzado su ideal, porque empieza a ver lo inútil de lo que hasta entonces ha perseguido, y se da cuenta de que ha trabajado demasiado por una cosa muy mezquina. Escritas como utopías deseables, las diversas partes de la *Thora* resultaban en la práctica intolerables cadenas. La *Thora* impuesta legalmente era el corsé más estrecho que hasta entonces había apretado la vida. Con un régimen así nada podía florecer. Hasta el mismo genio griego hubiera perecido, comprimido de semejante modo. Los que no pudieron huir de Jerusalén se hicieron sutiles hipócritas y malos.

La comodidad que disfrutaron los judíos bajo la dominación persa no se perturbó hasta el año 335, reinando Artajerjes III. Hubo un escándalo horrible en el templo. El sumo sacerdote Johanán, o Jonatán, mató a su hermano Josué, que aspiraba a suplantarle con ayuda del sátrapa persa Bagoses. Éste quiso vengarle. Entró a la fuerza en el templo, hecho que fue considerado como una horrorosa profanación, impuso un tributo sobre las víctimas ofrecidas a Jehová, y durante siete años trató muy mal a los judíos.

Excluyendo esto, Judá se enteró poco en el siglo IV de las revoluciones que trastornaban el mundo. Los judíos encontraron en general muy benévola la dominación aqueménida. Este profundo reposo contribuyó en gran manera a la especie de estado de hipnotismo en que cayó, bajo la influencia de la *Thora*, un pueblo hasta entonces más activo. Los reinados de Darío y Jerjes, sobre todo, fueron la época brillante en que se colocaron las más risueñas novelas. El aqueménida había reconocido que debía su imperio a Jehová, y no se necesitaba más. Jerusalén se desarrolló poco, pero la raza judía ganó mucho en todas las poblaciones de Judá, Benjamín y Dan, y hasta en el país de los filisteos. La relación con la corte de Susa fue buena al parecer.

La situación material de Jerusalén era muy mezquina. Por esto una ciudad tan interesante para nosotros, fue desconocida para los griegos en la época más esclarecida de éstos. La *Thora* impedía cualquier libre actividad. Judea carecía de elemento civil; no se veían más que sacerdotes y ornamentos sagrados. La elaboración que se verificaba en Jerusalén era secreta. Herodoto y los logógrafos nada supieron de ella. Los *pehas* persas de Jerusalén eran funcionarios de tercera categoría. Los grandes sacerdotes Eliasib, Joiada, etc., se sucedían en la mayor oscuridad y ni sus nombres conocemos exactamente. El comercio y la indus-

tria estaban condenados al marasmo. La vida en la campiña de Judea era preferible a la vida en la ciudad. Los únicos ricos eran los sacerdotes y los que estaban en relación con el gobierno. Es un gran error pensar que existía ya en su origen lo que desde la Edad Media hizo de los judíos un pueblo dedicado a manejar dinero. El objeto de la ley mosaica era sostener al pueblo en estado patriarcal, evitar la formación de fortunas grandes, detener el desarrollo industrial y comercial al estilo tirio. Los judíos no se hicieron ricos hasta que los cristianos los obligaron a serlo, prohibiéndoles poseer tierras y confiándoles los negocios de dinero para lo cual les incapacitaban hasta entonces sus falsas ideas acerca del préstamo con interés.

Intelectualmente estaban en una gran decadencia y moralmente también. Ya en aquella época remota aparecen todos los defectos que se echan en cara al judío moderno. Bajos y desdeñosos a la vez con los poderosos, los judíos de la época persa nos parecen quisquillosos, sensibles a la burla, crueles con los que creen que se mofan de ellos. De un amor propio muy exaltado, responden a una chanza con el odio. Su ambición es mezquina. No aspiran a ser sátrapas, sino a disfrutar al amparo de los sátrapas. Los *anavim*, gente pacífica y de iglesia, quieren cubrirse con comisiones oficiales otorgadas por un poder militar y toman la fuerza donde la encuentran. ¡Ah, pobre humanidad!

Judá no podía ser de ningún modo una fuerza militar y sin eso no hay Estado. No se hacen soldados con la promesa de recompensas temporales. Necesitan la inmortalidad. A falta del paraíso, desean la gloria. El soldado de Napoleón sabía que no saldría de pobre, pero reconocía que la epopeya para la cual trabajaba sería eterna, y que viviría él en la gloria de Francia. El griego sabía que su renombre sería el que se perpetuase más tiempo en la memoria humana. La valentía del galo residía en que no admitía diferencia entre la vida y la muerte. El ruso y el turco creen en un paraíso quimérico que los espera cuando caigan en el campo de batalla. El *mitnadeb* o voluntario del antiguo Israel era valiente a su manera, pero no era un calculador religioso que hacía el bien para que se lo devolviera Jehová. El pietismo judío es muy reflexivo: ha hecho mártires, pero no un ejército. Las únicas razas que han creado grandes ejércitos son las que han creído en la inmortalidad. El judío, el día de la batalla, sólo piensa en escaparse: ofrece la bolsa al soldado que va a matarlo y al ver que este medio no da resultado, encuentra muy malo un juego en que el hombre prudente no tiene ventajas, y no vuelve más a batallar.

Se diría que el destino de un pueblo se hundía de este modo en las ideas más mezquinas, no tenía salida. Parecía que el final de Israel coincidiría con el mayor esplendor de Grecia. Mientras Israel acepta con gusto el yugo de los aqueménidas, y un judío se considera orgulloso con ser copero, criado y espía del rey de la Persia, Grecia resiste hasta morir, derrota a Darío, Jerjes y Artajerjes y salva la civilización. La historia de Israel si no hubiera hecho más que continuar a Esdras y Nehemías, habría sido la de una secta musulmana rigorista. Pero junto a la Thora está el libro profético. Se leerá casi tanto como la Thora y de él se sacará una sed de porvenir. Aquellos oráculos oscuros de los profetas turbarán la quietud de las almas, y evitarán el sueño que confina con la muerte.

Después de trescientos cuarenta años, el cristianismo continuará la tradición del Anónimo de 536. Jesús expiará a Esdras, empuñará la antorcha profética de Israel, encantará a la humanidad con la perspectiva de un delicioso reino de Dios, arrastrará a la misma Grecia y se procurará nueva vida bajo la forma cristiana.